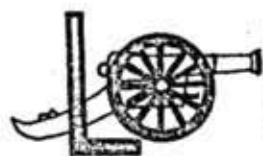


ARTE Y TRADICION DE LOS MASCARONES DE PROA

Por

Enrique BUNSTER



LA HISTORIA de la escultura desdeña ocuparse de las clásicas imágenes que adornaban la roda de los barcos de vela. Verdad que fue un arte anónimo y huérfano de escuelas, pero piense el lector que sus orígenes conocidos se remontan a tres mil doscientos años, y recuerde que la "Victoria de Samotracia", conservada en el Louvre, no es sino el ornamento de proa de una galera griega desenterrada en una isla del Mar Egeo.

Es curioso el hecho de que los mascarones se hayan tomado desquite en los museos. En uno de ellos, en Boston, se exhibe una colección impresionante de estas "figureheads", reliquias de la época de Herman Melville, cuando los Estados Unidos tenían en actividad novecientos buques balleneros. En Inglaterra, en Noruega, en Dinamarca, en Alemania y en todo país de tradición marítima los museos destinan secciones a la conservación de esos maderos carcomidos que representan ninfas, águilas, dragones, guerreros y personajes famosos. El tiempo los ha barnizado con su pátina y su encanto mágico. En la Academia Naval de Annapolis el mascarón del "Delaware", que es la efigie del indio Tecumseh, recibe el saludo supersticioso de los cadetes que van a rendir exámenes. En un ca-

mino de Long Island el busto de Hércules, sacado de la proa del "Ohio", atrae a las mujeres enamoradas con un tablero colocado al pie que les ofrece la dicha si besan su mejilla.

Los más antiguos mascarones de que se hace mención pertenecen al Egipto de Ramsés III, 1200 años A. C. Sus motivos predominantes eran el fénix, emblema de la inmortalidad; el loto, símbolo de la indolencia, y el ibis, devorador de los reptiles del Nilo. Los egipcios crearon también los "ojos", pintados a ambos lados de la proa, para que los navíos pudiesen ver las rocas o bajos interpuestos en su ruta. Decoraciones semejantes adornaron el yate de Cleopatra, embarcación fastuosa que tenía la popa de oro, los remos de plata y el velamen de seda púrpura.

Mascarones de factura primorosa embellecieron los juncos chinos, esas casas flotantes de cinco mástiles que cruzaban el Indico para ir a las costas del Africa. Su motivo tradicional era el dragón con cabeza de camello, cuernos de ciervo, ojos de conejo, orejas de vaca, cuello de serpiente, vientre de rana, palmas de tigre y garras de halcón. Este zoo condensado era más que un adorno: tenía por objeto amedrentar al enemigo que pudiera salirles al paso. Como los chinos creían que los barcos eran seres vivos,

pintábanles también sendos ojos para evitar que se estrellaran navegando "a ciegas".

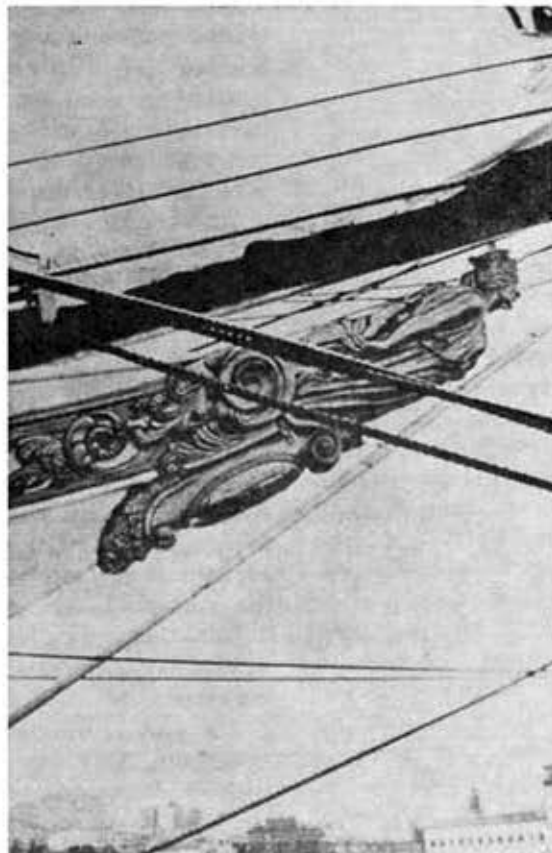
Tan distintos como eran de los asiáticos, los vikingos hicieron igualmente del dragón la figura terrorífica de sus "drakers" o buques insignias. Sus enormes galeras, las "snekkers", de cincuenta metros de eslora, se llamaban así porque toda la embarcación simulaba la forma de una gigantesca serpiente de mar. El mascarón, que era una roja cabeza caballuna, se erguía desafiante sobre un pescuezo tan alto como la mitad del mástil; el casco rechoncho apenas sobresalía del agua, y la popa remedaba la cola del reptil monstruoso. Vistas desde lejos, en el horizonte, las "snekkers" ponían pavor en el ánimo de los navegantes desprevenidos; y este recurso ingenuo ayudó a despejarles el camino en sus expediciones de conquista y piratería.

Coincidencia digna de señalarse es que los polinesios, vikingos del Pacífico, hayan decorado sus "pahi", balsas de do-

ble casco, con figuras de parecida forma y tamaño, que les hacían asemejarse a cisnes cabeceantes en su majestuosa navegación entre las islas.

Queda en evidencia que los europeos modificaron pero no inventaron el mascarón. Su mérito, a lo sumo, consiste en haberles impuesto todas las variaciones y caprichos imaginables. Bastará saber que un navío francés del siglo XVIII, el "Doce Apóstoles", ostentaba a los discípulos (con Judas incluido) en estatuas de tamaño natural desplegadas alrededor de la popa. Con tal precedente no hubo armador que se atreviera a bautizar fragata o bergantín con el nombre de "Las once mil vírgenes"...

En Europa y América los mascarones han sido como la corbata de los buques, la coquetería de los grandes veleros y yates de placer. En el apogeo de la navegación a viento, cuando se introdujo la construcción en serie, el mascarón era la única pieza que no se repetía —en razón de que simbolizaba el nombre de cada



barco—, y entonces hacía las veces de distintivo que permitía identificarlos a la distancia.

Generalmente los mascarones estaban pintados de colores vivos: blancos o dorados cuando el casco era negro, y policromos si éste era blanco o crema. Tratándose de representaciones femeninas—reinas o diosas— los artistas combinaban escultura y pintura coloreando los rostros o vestidos como si fuesen retratos. Típico ejemplo es el "Pink Cheeks", mascarón inglés de mejillas rosadas, ojos azules, labios rojos y volante cabellera rubia.

Como no podía menos de ocurrir, los mascarones han dado pábulo a toda suerte de supersticiones. Los casos referidos de Long Island y Annapolis no son sino supervivencias de las consejas que preocuparon a los hombres de mar entre los siglos XVII y XIX. Era cosa creída por todos, y al parecer confirmada algunas veces, que una nave que perdía el mascarón no llegaba al término del viaje. Porque tanto en la paz como en la guerra el mascarón tenía poderes sutiles sobre el buque, a la manera de un talismán. En 1780 el "King George III", que lucía en la proa la figura de ese rey, tuvo que volver grupas al encontrarse en el Canal de la Mancha con una abrumadora fuerza francesa. El contra maestre del navío

cogió un trozo de tela y envolvió con él la cabeza del mascarón. Interrogado por un oficial, el hombre explicó que había vendado los ojos de Su Majestad para evitarle la contemplación de una escena que afligiría su alma.

El "Brunswick", otro barco inglés, hallábase trabado en combate en 1794, cuando una bala de cañón le voló el sombrero de copa a su airoso mascarón, representativo del duque de ese título. Ante el movimiento de pánico de sus marineros, que veían en esta casualidad un anuncio de derrota, el comandante se apresuró a quitarse el bicornio, que mandó clavar en la cabeza patrocinante del duque.

En 1854 el célebre constructor Donald Mc Kay se propuso conquistar la cinta azul de velocidad y botó al agua una fragata que bautizó con el nombre de "Lightning" ("Relámpago"). Para simbolizar la nominación, colocó en la roda el mascarón de una diosa que blandía en la diestra un rayo dorado, emblema de ligereza. Impulsado por vientos insólitos, el "Lightning" cruzó el Atlántico en carrera endemoniada, nunca vista hasta entonces, registrando en una singladura el andar record de dieciocho nudos. Prodigio náutico que no volvió a producirse.

De "El Mercurio", de Santiago.

